

Iván Turguénev

Primer amor

Traducción de Natalia Dvórkina



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Pérvaia Liubov*

Primera edición: 2007

Tercera edición, con nueva traducción: 2023

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Thomas Henry: *Retrato de mujer*. Musée d'Art Thomas Henry, Cherbourg (Francia)

© ACI / Bridgeman

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción: Natalia Dvórkina, 2018

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2007, 2023

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-9181-107-7

Depósito legal: M. 5.684 -2018

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

15	Uno
19	Dos
22	Tres
25	Cuatro
35	Cinco
39	Seis
43	Siete
52	Ocho
57	Nueve
66	Diez
70	Once
74	Doce
78	Trece
82	Catorce
85	Quince
90	Dieciséis
99	Diecisiete
105	Dieciocho
109	Diecinueve
112	Veinte
117	Veintiuno
123	Veintidós

Dedicado a P. V. Ánnenkov

Hacía ya tiempo que los invitados se habían ido. El reloj dio las doce y media. En la habitación solo quedaban el anfitrión, Serguéi Nikoláevich y Vladímir Petróvich. El anfitrión tocó la campanilla y ordenó retirar los restos de la cena.

—Entonces, está decidido —dijo arrellanándose en la butaca y encendiendo un puro—, cada uno de nosotros debe contar la historia de su primer amor. Le toca, Serguéi Nikoláevich.

Serguéi Nikoláevich, un hombre regordete con la cara redonda y el pelo rubio, miró primero al anfitrión y luego elevó los ojos al techo.

—No tuve un primer amor —dijo finalmente—, empecé directamente por el segundo.

—¿Y eso cómo ocurrió?

—Muy fácil. Tenía dieciocho años cuando por primera vez cortejé a una señorita muy atractiva, pero lo

hice como si aquello no fuera nuevo para mí: de la misma manera que luego cortejaría a otras. De hecho, me enamoré por primera y última vez de mi niñera cuando tenía unos seis años; pero de esto ya hace mucho. Los detalles de nuestra relación se han borrado de mi memoria, y aunque los recordara, ¿a quién le puede interesar?

—¿Qué podemos hacer entonces? —dijo el anfitrión—. Mi primer amor tampoco tuvo mucho de interesante. No me había enamorado de nadie antes de conocer a Anna Ivánovna, la que ahora es mi mujer... y todo fue como una seda: nuestros padres arreglaron el matrimonio, nos enamoramos muy pronto y nos casamos sin demora. Mi historia se cuenta en dos palabras. He de confesar, señores, que al plantear el tema del primer amor contaba con ustedes, unos solterones a quienes no puedo llamar viejos pero tampoco jóvenes. ¿Tal vez usted, Vladímir Petróvich, pueda entretenernos con algo?

—En efecto, mi primer amor no puede considerarse del todo corriente —dijo con un leve titubeo Vladímir Petróvich, un hombre de unos cuarenta años, de pelo negro con algunas canas.

—¡Ah! —exclamaron al mismo tiempo el anfitrión y Serguéi Nikoláevich—. Esto está mejor... Cuente.

—Como gusten... O mejor no: no se lo contaré. Contar no se me da muy bien: la historia o bien me sale seca y breve o bien prolija y falsa, pero, si me permiten, apuntaré todo lo que pueda recordar en un cuaderno y se lo leeré.

Al principio los amigos no estuvieron de acuerdo, pero Vladímir Petróvich insistió. Al cabo de dos semanas volvieron a reunirse y Vladímir Petróvich cumplió su promesa.

He aquí lo que contenía su cuaderno.

Uno

En aquel entonces yo tenía dieciséis años. Todo ocurrió en el verano de 1833.

Vivía en Moscú con mis padres. Ellos alquilaron una *dacha* cerca de Kalúzhskaya Zastava, frente al jardín Neskuchny. Me preparaba para el ingreso en la universidad, pero trabajaba muy poco y sin prisas.

Nadie coartaba mi libertad. Hacía lo que quería, sobre todo desde que me había dejado mi último tutor francés, que no consiguió acostumbrarse a la idea de que cayó en Rusia «como una bomba» (*comme une bombe*) y se pasaba los días tumbado en la cama con una expresión de rabia. Mi padre me trataba con terna indiferencia. Mi madre casi no me prestaba atención, si bien no tenía otros hijos: la absorbían otras preocupaciones. Mi padre, un hombre todavía joven y muy apuesto, se había casado con ella por interés; ella era diez años mayor que él. Mi madre llevaba una vida

triste: siempre preocupada, celosa, enfadada, pero no en presencia de mi padre porque le tenía mucho miedo, mientras que él se comportaba de una manera severa, fría, distante... Yo no había conocido a una persona más exquisitamente tranquila, segura de sí misma y despótica.

Nunca olvidaré las primeras semanas que pasé en la *dacha*. Hacía un tiempo maravilloso. Llegamos de la ciudad el nueve de mayo, el día de San Nicolás. Paseaba por el jardín de la *dacha*, por el Neskuchny o bien tras la Zastava. Me llevaba algún libro, por ejemplo, el curso de Kaidánov, pero raras veces lo abría y más a menudo declamaba versos en voz alta (sabía muchos de memoria). Mi sangre bullía y en mi corazón sentía un dolor dulce, ridículo: esperaba y temía algo, todo me sorprendía y estaba alerta; mi imaginación volaba y giraba en torno a las mismas imágenes, como vencejos alrededor de un campanario al alba. Me quedaba pensativo, triste e incluso lloraba, pero a través de las lágrimas y de la tristeza inspirada ya fuera por un verso melodioso o bien por la belleza de un atardecer, brotaba como la hierba primaveral el alegre sentimiento de una vida joven y efervescente.

Tenía un caballo de montar. Lo ensillaba yo mismo y me iba lo más lejos posible. Me lanzaba al galope y me imaginaba que era un caballero en un torneo – ¡con qué alegría soplaba el viento en mis oídos! – o bien, alzando la cara al cielo, recibía su radiante luz y el azul celeste con el alma abierta.

Recuerdo que en aquella época la imagen de la mujer, el fantasma del amor femenino casi nunca aparecía en mi mente con rasgos definidos; sin embargo, todo lo que pensaba y sentía abrigaba un presentimiento semiinconsciente y vergonzoso de algo nuevo, inenarrablemente dulce y femenino...

Este presentimiento, esta espera, impregnaba todo mi ser: se hallaba en el aire que respiraba, corría por mis venas en cada gota de mi sangre... y pronto estaba llamado a cumplirse.

Nuestra *dacha* tenía una casa señorial de madera con columnas y dos pabellones bajos; en el de la izquierda había una minúscula fábrica de papel de pared barato... Más de una vez fui allí para ver cómo una decena de chicos flacos con el cabello revuelto, batas mugrientas y caras demacradas se subían a las palancas de madera que presionaban los bloques cuadrados de la prensa y de esta manera, con el peso de sus escaúcidos cuerpos, estampaban los abigarrados dibujos del papel. El pabellón de la derecha estaba vacío y se alquilaba. Un día, unas tres semanas después del nueve de mayo, las contraventanas de este pabellón se abrieron y en ellas aparecieron unos rostros de mujer. Una familia se había alojado en él. Recuerdo que aquel mismo día, durante la comida, mi madre preguntó al mayordomo quiénes eran nuestros nuevos vecinos y al oír el apellido de la princesa Zasékina dijo primero, no sin un cierto respeto:

—¡Ah! Una princesa... —y luego añadió—: Debe de ser pobre.

—Han llegado en tres coches de alquiler —observó el mayordomo, sirviendo con reverencia un plato—. No tienen coche propio, y los muebles son de lo más baratos.

—Sí —replicó mi madre—, y sin embargo así es mejor. Mi padre la miró fríamente y ella se calló.

De hecho, la princesa Zasékina no podía ser una mujer rica: el pabellón que había alquilado era tan decrepito, pequeño y bajo, que las personas mínimamente adineradas no aceptarían alojarse allí. En todo caso, en aquel momento no presté demasiada atención a todo eso. El título de princesa me afectaba poco: recientemente había leído *Los bandidos* de Schiller.

Dos

Yo tenía la costumbre de pasearme al atardecer con una escopeta por el jardín acechando a las cornejas. Desde siempre había sentido odio por estos pájaros cautelosos, rapaces y astutos. El día en cuestión también me dirigí al jardín y después de haber pasado en vano por todas las arboledas (las cornejas me habían reconocido y solo graznaban de forma entrecortada desde lejos), me acerqué por casualidad a la valla baja que separaba nuestras propiedades de la estrecha franja del jardín que se extendía detrás del pabellón de la derecha y que pertenecía a él. Yo iba con la cabeza baja. De pronto oí unas voces, miré por encima de la valla y me quedé de piedra. Una escena extraña se presentó ante mis ojos.

A unos pasos de mí, en un claro entre matorrales de frambuesa verde, se hallaba una joven alta y esbelta, con un vestido rosa a rayas y un pañuelo blanco en la

cabeza. A su alrededor se apiñaban cuatro hombres jóvenes y ella aplastaba por turno en sus frentes unas pequeñas flores grises cuyo nombre desconozco pero que los niños conocen muy bien, pues forman unas pequeñas bolsitas que se rompen con un chasquido al estrellarlas contra algo duro. Los jóvenes ponían sus frentes con tanto agrado y en los movimientos de la joven (la veía de lado) había algo tan cautivador, impetuoso, tierno, burlón y entrañable, que casi se me escapó una exclamación de sorpresa y placer y me pareció que en aquel momento estaría dispuesto a dar todo lo que tenía para que aquellos preciosos deditos hicieran estallar una flor en mi frente. Mi escopeta se deslizó hasta la hierba, me olvidé de todo y empecé a devorar con la mirada aquella figura esbelta, aquel cuello, aquellos bonitos brazos y el pelo ligeramente despeinado debajo del pañuelo blanco, y aquel inteligente ojo entornado, y aquellas pestañas, y la tierna mejilla debajo de ellas...

—¡Joven, eh, joven! —dijo de pronto alguien a mi lado—, ¿desde cuándo está permitido mirar de esta manera a señoritas desconocidas?

Todo mi cuerpo se estremeció, quedé aturdido... Cerca de mí, detrás de la valla vi a un hombre de pelo negro y corto que me miraba de reojo con ironía. En aquel mismo momento la joven también se volvió hacia mí... Vi sus enormes ojos grises en un rostro vivaz, animado. Y de repente toda esa cara se estremeció, rió, los dientes blancos brillaron en ella, las cejas se levantaron con gracia... Me ruboricé, cogí la escopeta